

## *DÍGAME PADRE QUE NO ES PECADO*

Ave María Purísima. Padre, he pecado, pero quiero que oiga en confesión lo que pasó esa noche y que luego me imponga la mayor penitencia, que sé que merezco, y es que estoy tan avergonzada... pero a la vez necesito que sepa mi verdad.

Como todas las tardes, aquella del 31 de Diciembre vine a la iglesia sobre las cinco para rezar el rosario antes de oír misa. Al llegar vi que sólo la Eulalia estaba sentada en el segundo banco, y como no nos llevamos nada bien desde que tuvimos la riña por las lindes del huerto, me subí sigilosa al coro. Me senté al lado de los tubos del radiador, se estaba tan calentito... y fueron llegando las mujeres. Yo apoyé la cabeza en la pared y con la letanía del rosario, debí quedarme dormida. Al despertar estaba todo oscuro y hacía frío, ni siquiera recuerdo el haberle visto a usted en toda la tarde.

A oscuras fui tanteando los bancos y bajé con mucho cuidado las escaleras. Así llegué a la puerta. Estaba bien cerrada. Me habían dejado dentro. Golpeé la puerta y grité, pero... ¿quién me iba a oír?

Cuando me cansé de gritar fui al altar, no llevaba dinero para la ofrenda; tardé un poco en decidirme y, al final, cogí una de las velas pequeñas y la encendí con las cerillas que están escondidas detrás. Las luces estaban apagadas y yo no sabía encender el interruptor general.

Ya con la luz de la vela me fui a la sacristía, a ver si la puerta pequeña estaba abierta; pero tampoco. Abrí cajones, intentando encontrar una llave. No había ninguna, me dije: "Juana, no tiene ningún sentido guardar un juego de llaves de la iglesia dentro de la iglesia. Sólo a una tonta como tú se queda encerrada aquí". Encontré una palmatoria, que encendí con lo que me quedaba de la pequeña vela.

Entonces, padre, me dio por llorar. Me senté en el primer banco y lloré y lloré, hasta que un gran escalofrío recorrió mi cuerpo: estaba helada. Como no sabía dónde estaba el interruptor de la luz, no podía encender la nueva calefacción de gasóleo; si al menos estuviese la vieja estufa de leña.

Así que me fui de nuevo a la sacristía y abrí su armario, le pido perdón, don César, pero era tanto el frío, que no tuve más remedio que ponerme sus albas y casullas. Me las puse todas, nueve en total. ¿Me perdona usted, padre? Me hacían muy gorda, era como la Josefa, que en paz descanse.

Seguía teniendo frío. Y me acordé del vino. Había dos botellas en el armario. Al principio estaba un poco reacia, pero luego pensé que ese vino estaba sin consagrar, y esto era una verdadera urgencia. Dígame, padre, que no es pecado, que si está sin consagrar no lo es. Tiene usted un vinillo dulce, don César, que está muy bueno. Me volví a sentar en el primer banco frente a la estructura donde están las velitas. Ya he echado veinte euros en la caja, porque esa noche las encendí todas. Me hacían compañía. Casi sin darme cuenta, me había bebido la botella de vino. Me sentía mucho mejor y más caliente. Así que fui de nuevo a la sacristía porque ahora tenía hambre.

Sólo pude encontrar dos bolsas grandes de obleas, ¿tose usted, padre? Esta vez tuve menos remordimientos. ¡También estaban sin consagrar!

Cogí las bolsas y la palmatoria en una mano y la segunda botella en la otra y me fui a mi banco junto a las velas. Algunas se habían consumido ya, y las repuse, una de las velas quemó la manga de su alba. Lo apagué enseguida, pero quedó algo chamuscada, ¿se ha dado cuenta, don César?

En ese momento no me importaba mucho. Me comí todas las obleas y la mitad del vino. Me puse a cantar canciones de misa, porque me parecía apropiado, y después de cantar me dio por pensar que tendría que pasar la última noche del año aquí y que nadie en el pueblo vendría a buscarme.

Y me puse otra vez a llorar y quería irme a mi cama y oí los petardos que tiraban en la plaza porque ya estábamos en un año nuevo. ¿Se está riendo usted? Ah no... que sólo tose. Y ya no recuerdo nada más. Me quedé dormida en el suelo. Menos mal que el año nuevo ha caído en domingo, que si no, hubiese tenido que esperar de nuevo a la misa de la tarde.

Al día siguiente me encontró la Eulalia, tenía que ser la Eulalia. ¡Qué vergüenza! Roncando, rodeada de velas, con sus sotanas puestas y todavía medio borracha.

Yo no estoy loca, padre, como dicen algunos, ni soy un sacrílega, como me insultan otras. Sólo me quedé encerrada en la iglesia el día 31 y nadie me echó de menos.

Navidad 2012